

A veces prosa

La cruzada de los “ninis”

Adolfo Castañón

I

“Los terroristas: jóvenes sin historias” reconoce un titular. “Sin historias” quiere decir aquí sin problemas, con una vida aparentemente normal.

El terrorista no está aislado: pertenece a una comunidad radicalizada. Pero tampoco está aislado en otro sentido puesto que estos jóvenes “sin historias” entran en el rompecabezas de la violencia actual que calienta el mundo: bandas de pandilleros, secuestradores, maras, salvatruchas, mercenarios, sicarios, soldados menores de edad, concriptos y reclutados a la fuerza, movilizados por el terror, el hambre o el dinero: la otra cruzada de los niños. Si el terrorista actúa por razones ideológicas o doctrinarias, el sicario lo hace sólo por dinero y el joven recluta antiinmigrante por razones entre raciales, sociales, étnicas y culturales. Todos comparten un sentido de época en el cual campea, a través de los medios, videos, cine, tele, literatura, juegos de nintendo, juegos y animaciones en DVD, la violencia despectiva de la vida humana: la familiaridad con la guerra, la violencia, la espontaneidad con que se mata, asesina y masacra a personajes “reales” o imaginarios, ¿no tendrá algún efecto sobre las porosas cortezas cerebrales de estas maleables juventudes? La violencia ha sentado sus reales en las metrópolis urbanas, suburbanas y subhumanas banalizando y trivializando, abaratando la vida y la muerte. Casi es natural, diríase instintivo que en un mundo poblado hasta el exceso (recuérdese con Fernando Savater que la actual población de la tierra es igual a la suma de todas las poblaciones humanas a lo largo de la historia y de la prehistoria) el respeto por la vida y la dignidad humana se haya ya no sólo perdido sino

invertido. Así se explica que en los suburbios de Río de Janeiro bandas de jóvenes acomodados se organicen para salir en la noche a asesinar, incendiándolos, a los indigentes que viven en las calles y quizás así se expliquen en último razonamiento los centenares de mujeres asesinadas y violadas en Ciudad Juárez, Guatemala y otras ciudades de México y Centroamérica. En ese contexto de violencia global y por así decir “des-cerebrada”, los terroristas sólo se destacan por el hecho de tener detrás de sus ejecuciones lecturas tergiversadas o fantasías derivadas de manoseados textos apócrifos. Pero también hay libros detrás de los soldados y policías que defienden a las democracias occidentales. Y no sólo me refiero a esa suerte de novelas de caballería que podrían ser los diversos textos constitucionales y todo el aparato y “apanage” de códigos, leyes, reglamentos y disposiciones jurídicas, “manuales de procedimientos” de los mercenarios, sino a los libros de cuentas y saldos de los vendedores de armas, ligeras, pesadas y medias, de uniformes y accesorios diversos para el armamento y su respaldo, incluidos por supuesto los aparatos de comunicación y telecomunicación. La violencia globalizada característica de finales del siglo XX y principios del XXI trae como una sombra la militarización planetaria, sin distinción de clase, edad, sexo, religión, posición social o poder adquisitivo: hay soldados, policías, agentes, inspectores, médicos, espías, delatores, oyentes, analistas, mercadotécnicos para todos. Ernst Jünger habló a principios del siglo XX de que la era que se avecinaba era la de El Trabajador. También dejaba entrever que el modelo perfecto de El Trabajador es el soldado, pero mientras no asome en el horizonte el estado planetario, el orden social lo deberán hacer

respetar y observar no (sólo) los estados-nación sino las corporaciones y empresas privadas que, ellas también, tienen sus soldados, sus trabajadores, sus servicios administrativos y médicos (cuando no los subcontratan con otra empresa), y la suma de todos ellos va formando uno como Estado paralelo.

Si detrás del trabajador está el soldado y detrás de éste el general y detrás de éste el ingeniero, ¿quién podría estar detrás del laboratorio donde se diseña a los diseñadores?, ¿dónde podría estar el centro de la cebolla, para llamarlo de algún modo? Volvamos al caso del terrorista, del joven “sin historias”, ni problemas pero que al parecer pone bombas para obedecer el dictado de un libro supuestamente sagrado. Detrás o en el centro del laboratorio, estaría un sacerdote o un alto magistrado. En cualquier caso un intérprete de la ley (por cierto, ¿no es natural e inevitable que en un estado policiaco prosperen los abogados y fiscales?) que, por supuesto, sólo es portavoz de un comité de un jurado o una comisión calificadora cuyo cometido central, cuyo altar es o sería el sacrosanto control social, clave de la gobernabilidad? Hasta ahora los resortes que desataban o disparaban la violencia eran “socialmente controlables” y dentro de sus resortes estaba la representación de la violencia. Sin embargo la situación contemporánea lleva a pensar que quizá los marcos imaginarios y jurídicos que convenían a un campesino usamericano a fines del siglo XIX, o a un obrero inglés de mediados del siglo XX no son ni pueden ser los mismos que convienen a este siglo XXI que apenas empieza, a este planeta que está en proceso de calentamiento atmosférico pero también en proceso de caldeamiento mental y político pues

las bombas de los terroristas, los tiros de las armas ligeras y de alto o mediano poder también caldean la atmósfera tanto como las telecomunicaciones y la cremación o calcinación de los diversos desechos plásticos y electrónicos. Y ahí es donde aparece la responsabilidad literaria del escritor: escribir bien significa quizá saber lo que se escribe en medio de la deflagración.

II

Con el advenimiento de las computadoras, los ordenadores y el mundo virtual, surge en el mapa imaginario, inteligente, onírico o mental un conjunto de espacios móviles cuyos comunes denominadores son el juego y la guerra: combates singulares, batallas entre grupos, variedades del juego de la guerra con hombres o guerreros armados; tanques, máquinas buques donde la destreza, el “valor”, la audacia, la suerte van tramando el destino de cada jugador. Estos escenarios no son en modo alguno inertes pues resulta que gracias a la red o entre-red (*internet*) cada figura en ciertos campos de batalla virtuales es asumida por un ser vivo, por una persona real del otro lado de la pantalla. Los escenarios de los juegos virtuales crean verdaderas sociedades a su al-

rededor o a partir de ellas. Detrás de cada juego hay una ciudad y esa ciudad tiene como comunes denominadores la guerra y el juego. Muchos de los usuarios y ludópatas de estos juegos son niños y adolescentes pero también hay, y no pocos, adultos desempleados, profesionistas, deportistas que están marcados por el escapismo y el imperativo categórico de la evasión. Sobra decir que dichos juegos comportan escalas variables de habilidad, violencia, crueldad y rivalidad competitiva.

Cabe preguntarse si dichos juegos tienen algo que ver con el azote de la violen-

cia que diezma a nuestra sociedad; si en dichos escenarios no se están preparando a los “santos guerreros” del terrorismo o de la democracia radical. Cabe insistir por último en una particularidad: dichos teatros de la crueldad sólo pueden ser operados o protagonizados por personas con recursos, por hijos o nietos de familia pues, por supuesto, piensan o sienten que lo virtual es más real y definitivo que el orden histórico. Y que hay más humillación en ser derrotado en las calles virtuales de un juego que en las avenidas demasiado reales de la ciudad en que se vive. **U**

